

## Presente, verdad y objetividad (Notas sobre la relación entre periodismo y memoria)

ARCADI ESPADA, uno de los mejores columnistas de El País, es también profesor de los Estudios de Periodismo de la Universitat Pompeu Fabra y coautor, junto a Jaume Boix, de una rigurosa y atractiva biografía de Juan Antonio Samaranch: *El deporte del poder* (Temas de Hoy, 1991). Sin embargo, la razón más poderosa de su presencia en el Boletín es su permanente reflexión sobre la escritura de la memoria y este artículo, personal y lúcido, lo confirma, una vez más.

EL PRESENTE ES el tiempo y el lugar del periodismo. De hecho, la única diferencia consistente entre el periodismo y otros géneros literarios radica en el uso del presente como material de trabajo. El periodismo no puede ni debe trabajar sin él. Por el contrario, la novela, la literatura autobiográfica, la poesía no saben qué hacer con él. Todos esos géneros funcionan a partir de una huella, mientras que el periodismo se activa en el momento justo que el zapato pisa la arena mojada: lo que pase después ya no es de su incumbencia. La posibilidad de que el periodismo narre historias que han sucedido mucho tiempo atrás, no debiera confundirnos: en ese caso el periodismo tratará al pasado como mero presente. Es decir, como algo en curso: ese es su objetivo y ese el rasgo que lo diferencia de otros modos de acometer la escritura de la vida. El periodismo se reconoce a sí mismo y elimina de un plumazo todos sus problemas ontológicos -que tanto amargan a los necesitados de identidad: cabe reconocer que los periodistas pasamos por ese trance con mucha mayor frecuencia que el resto de los que van a morir- cuando reconoce con alegría que no está dándose a la historia ni a la novela ni a la lírica ni al memorialismo ni a la sociología ni a la filosofía. Cuando el periodismo se reconoce en el carácter incompleto, provisional del presente es que está cumpliendo con su deber. En cuanto a las disposiciones exigidas por el conocimiento, está haciendo lo que nadie hace; en cuanto a las disposiciones sociales, está resolviendo el encargo que las gentes le hicieran hace más de dos siglos.

Si el presente es uno de los palos de la cruz del oficio de ser periodista, la verdad es el otro. El periodismo es inseparable de la verdad, de la búsqueda y aspiración de la verdad. La palabra verdad perturba; casi más que la propia verdad. Hay gente que se pone extremadamente nerviosa al oír hablar de la verdad. No es que sean gánsters o ladrones, únicamente; muchos de los perturbados son, por ejemplo, filósofos o estetas o escritores. Atribuyen, esas castas, un carácter supremo a la ambigüedad, a la característica poliédrica de lo verdadero, derivan hacia la creencia de que la verdad, lo que se conoce como verdad en un momento dado, es una impostura más. Evidentemente, ese discurso lo pronuncian algunas gentes de buena fe, pusilánimes, tal vez, pero buenas en el buen sentido de la palabra buenas. Son gentes que dudan y la duda suele dar un tipo de hombres más ricos, más abiertos, más